

PARA UN TSUNAMI, ¡QUE MÁS SEGURO QUE UN SUBMARINO!

Javier Medina Cardo*



Habíamos llegado hace algunas horas después del entrenamiento de principios de año. Pensaba que era un ejercicio más, pero rápidamente me di cuenta de que no. Tenía la experiencia de 25 años antes, del atardecer del 3 de marzo de 1985; supe que ese movimiento no era un temblor más, era un terremoto aún más fuerte del que mi infancia recordara. Ahora estaba completamente solo en el camarote del Casino de Oficiales, sin saber qué pasaría. Hice lo que la intuición indicaba, pararse dentro de lo posible de la cama y acudir hacia la puerta para permanecer en su marco esperando que parara, aunque eso nunca pasó. Segundos interminables transcurrían mientras todo se movía bajo los pies y las cosas se caían dejando un desorden inimaginable. Nunca me sentí tan solo como esa noche en el marco de la puerta

del camarote, mientras todo se caía sin poder hacer algo.

Al detenerse el movimiento principal, a pesar de las violentas réplicas que se siguieron sucediendo en ese día y hasta bastantes meses después, lo primero que hice fue buscar unas zapatillas y el celular, y bajar al estacionamiento. Solo existía la luz de la luna llena que nos alumbraba esa sombría noche, que marcaba el camino en medio de vidrios rotos y voces lejanas que sin duda realizaban las mismas acciones.

Encontrándome en el estacionamiento comenzaron a llegar otros ocupantes del casino que iniciaron los vanos intentos por realizar una llamada con celular y aprontarse a ejecutar alguna acción. Algunos con la intención de subir hacia el Hospital Naval a lo alto; otros, de acudir hacia la Base. Ya se empezaba a hablar de un posible

* Teniente 1º SM.

maremoto, yo no lo creía en lo más mínimo a pesar de la violencia del sismo, teniendo en cuenta la seguridad que presentaba el puerto y la bahía en general frente a malas condiciones del tiempo. Aún así, otros optamos por bajar hacia la Base de Submarinos para verificar cómo se encontraba el submarino y si la guardia necesitaba algún apoyo del personal franco.

Pasaban autos por la avenida Jorge Montt en dirección a la Puerta Los Leones, pero fuera de eso no había mucho movimiento, quizás porque sólo habían pasado unos diez o quince minutos.

El “negro” estaba bien, con movimiento incesante de la guardia por la cubierta y por la balsa. Todos se preparaban para amarrarse al muelle, el que finalmente resultó no serlo, en atención a que era en realidad un molo por el que nadie daba un peso.

Las circunstancias permitieron que el submarino se quedara atracado en su sitio con la decisión de reforzar todas las estaciones dejando las espías con seno. Todo era ayudado por personal anexo a la guardia, que todavía a esa hora, se encargaba de la preparación para el zarpe contemplado para el domingo 28. Nunca se realizaría esa salida, tendría que esperar un tiempo más.

Partirían los zarpes del resto de las unidades, mientras el “negro” permanecía en su sitio. No obstante, igual la guardia se preparaba para zarpar, y por eso, ya habiendo tres oficiales a bordo, se distribuyeron tareas en la maniobra y con el control del submarino.

Fue en el preciso momento en que empezábamos a alivianar las espías de proa cuando escuchamos un sonido que nunca se nos olvidaría. La larga data del 180 había dejado sectores con espacios por donde se colaba el mar de lado a lado en su base, eso es lo que escuchamos. El sonido era del nivel del mar bajando en un lado, todos los mitos, películas e historias se hacían realidad, la Dársena se secaba con nosotros ahí.

Rápidamente reforzamos nuevamente las espías y pasamos al interior, la cosa se venía

aunque todavía no lo creyéramos, habría que cerrar la escotilla. No había tiempo de zarpar.

En el interior el movimiento todavía era incesante mientras se preparaban máscaras y elementos en los departamentos, porque ahora sí se sabía lo que venía aunque nadie supiera exactamente como sería. En el canal VHF marítimo se empezaba a escuchar la información que entregaban todas

las embarcaciones que se encontraban en la Bahía de Concepción o que salían de ella. El mar se estaba secando decían algunos por la línea, mientras en el momento más crítico se escucharon gritos casi desesperados informando que venía la ola y que había

que protegerse. Mientras tanto, los buques de la Armada aceleraban el andar para alcanzar a salir de la bahía.

Para los que se encontraban al interior de la Dársena la situación era delicada y lo sería mucho más en los siguientes minutos. Rápidamente comenzó a aumentar la escora del submarino a tal punto de tener que afirmarse de lo que uno tuviera más cerca. Sin duda había sido la mejor opción haber dejado las espías con seno ya que de lo contrario se hubieran cortado haciendo más complicada la situación.

Con la Dársena ya seca sólo esperaba lo incierto de qué tan grande sería la ola, por lo que para todos era algo desconocido, pero con la adrenalina reinante no había peligro que se sintiera, porque *para un tsunami, ¡que más seguro que un submarino!*

No sabemos si la ola fue fuerte o no, pero al subir el nivel del mar nuevamente, el submarino recuperó su adrizamiento. Durante largo tiempo habría un sucesivo ir y venir de las aguas, mientras el “negro” con su gente protegida se mantenía sin problemas cosido al 180 y con ancla fondeada.

Casi no había variación de la profundidad que marcaba el ecosonda, pero igual éste estaba en servicio permanente mientras poco a poco se empezaba a escuchar los sonidos que el mar producía sobre todo lo que se encontraba en la Dársena de reparaciones, a través del teléfono

La fuerza de la naturaleza se presentaba con toda su energía, y el submarino comenzaba a escorarse al punto de tener que afirmarse de lo que uno tuviera más cercano.



■ Submarino “Simpson” recalando a Hawaii en junio de 2004 .

submarino y directamente a través del acero del casco de presión.

Eran sonidos cada vez más estridentes los que se oían, que junto con las violentas subidas y bajadas del nivel de las aguas por el maremoto, se había producido una gran corriente a través del acceso a la Dársena entre los muelles 180 y 120. Esto producía un remolino en su interior que sacaba todo lo amarrado a navegar; saliendo y entrando con riesgo de colisionar con el resto. Así es como se podía ver un dique flotante con sus planchas de la Segunda Guerra Mundial, a merced de las aguas que indicaban cual sería su próxima ruta o fin.

A estas alturas había bastante más claridad, por lo que se empezaba a observar bien desde el puente y por periscopio. Es así como tal como hacía bastante tiempo, en uno de los incesantes movimientos de las aguas, uno de los diques flotantes más grandes inició su recorrido incontrolable con dirección a nuestra popa; la que se libró por algunos metros con un gran estruendo y destrucción, el 180 había perdido su extremo, felizmente las circunstancias permitieron

que no hubiera ningún buque atracado en sus cercanías.

Por largo rato se mantuvo el ir y venir de las aguas, lo que provocó mucha destrucción en el interior de la Dársena y otros sectores debido al movimiento incontrolable de los artefactos navales. Hasta que hubo más quietud.

A estas alturas la aurora nos entregaba algo de claridad, lo que sirvió para darnos cuenta de un panorama devastador. Las fotografías y videos de ese momento lo pueden demostrar en parte. La realidad era más impresionante y los pensamientos respecto al futuro se hacían confusos.

Desde el 180, todavía por periscopio se podía apreciar cierta parte de la Bahía de Concepción correspondiente a las cercanías del puerto. Prácticamente no había sitio en el mar que no tuviera un elemento flotando o a media agua; como techos de casas, autos, containers y basura. Aún la observación era por periscopio, dado que el nivel de las aguas todavía no se estandarizaba, lo que provocaba una amplitud de marea considerable en cosa

de minutos, provocando el desborde hacia molos y muelles de la Base Naval, haciendo impracticable el tránsito por la cubierta sin riesgo de ser arrastrado por el mar.

Mientras tanto, ya se veía gente en las cercanías de la Base de Submarinos y a bordo se repartía alimentos para el personal que se encontraba aún apostado.

Sin duda, la Base Naval estaba destruida o muy dañada, la gravedad de la situación general aún no la podíamos palpar, pero intuíamos que sería de consideración. Lo poco que se alcanzaba a ver indicaba una gran destrucción de las instalaciones inmediatas.

Con el correr del día se iniciarían las acciones tendientes a mantener al submarino lo más seguro posible; con sus amarras acomodándose al continuo ir y venir de las aguas, con amplitudes que hasta por lo menos un día después producían el desborde del mar donde antaño también lo estuviera. La sirena de la destruida compañía de

bomberos lo indicaba. Cada vez que el mar salía de su sitio, la alarma avisaba para protegerse y poder ver desde sitio seguro cómo los buques atracados subían hasta la altura del borde de la tierra y bajaban de nuevo.

Sin duda lo acontecido la madrugada del sábado 27 de febrero de 2010 fue una muestra impresionante del poder de la naturaleza, que nos golpeó fuertemente y que dejó claramente vulnerable la seguridad del personal y material naval. Esa eterna frase cliché que indica “no somos nada” presta clara relevancia en esta situación, porque exactamente eso es lo que nos hicieron entender.

La siempre tranquila Bahía de Concepción no lo sería tanto en esta ocasión, en que los bravos marinos de ayer, hoy y siempre; lograron mantener a salvo sus unidades y poder construir desde ellas, un nuevo futuro desde lo más bajo.

* * *